

tos, desconsolados y desgraciados á los ojos del mundo, no son por eso ménos ricos, ménos grandes, ménos felices, ni están ménos contentos delante de Dios: su union con Dios, aunque sea un tesoro escondido en el campo de su corazon, no deja de ser un tesoro muy rico, por las primicias de la recompensa celestial que les asegura, por la paz profunda que les produce, y por la santa satisfaccion y contento que les inspira. *Simile est regnum caelorum thesauro abscondito in agro.*

Tenemos que hacer una cuarta reflexion. El Señor dijo que el que ha encontrado un tesoro le oculta para que nadie se le arrebatase (1). Por ese medio, dice San Gregorio, quiso insinuar con cuánta solicitud, con cuánto celo y esmero debemos ocultar las gracias y los dones celestiales del precioso tesoro que nos asegura la salvacion eterna. ¡Ay, dice San Gregorio, durante la presente vida, que no es más que una peregrinacion á la patria celeste, los espíritus malignos de toda especie, visibles é invisibles, más astutos y maliciosos unos que otros, nos espian á lo largo del camino como ladrones codiciosos, para despojarnos de nuestros bienes espirituales! (2).

Seguramente, el que por un camino lleva descubierto un tesoro y le enseña á todo el mundo, parece que quiere que se le quiten (3). Hé ahí por qué la Escritura Santa nos dice que guardemos con celo y cuidadoso esmero nuestro propio corazon, en el cual se halla encerrado el tesoro de la gracia divina con la esperanza de la gloria (4). Y San Pablo nos advierte que en tanto es precioso, en cuanto son frágiles los vasos en que le llevamos; le llevamos en vasos de arcilla (5). Luego si queremos conservar la gracia adquirida, ó recobrar la gracia perdida, es necesario separarnos del mundo corruptor y corrompido; es necesario evitar los espectáculos y las reuniones profanas, la compañía de los hombres impíos y libertinos, y la de las mujeres vanas y sin

(1) Quem qui invenit homo abscondit.

(2) In presentí etenim vita quasi in via sumus qua ad patriam pergimus: maligni autem spiritus iter nostrum quasi quidam latrunculi obsident. (S. Greg.)

(3) Deprædari ergo desiderat qui thesaurum publice portat in via. (S. Greg.)

(4) Omni custodia serva cor tuum. (Prov. iv.)

(5) Habentes thesaurum in vasis fictilibus. (II, Cor., iv.)

modestia. Ciertamente, exponer en público en esas reuniones, y con semejantes personas el tesoro de la gracia, sería exponerse á perder el espíritu de recogimiento, el gusto á la oracion, las prácticas de la devocion, la aficion á la modestia cristiana y el celo por nuestra santificacion; sería exponerse á perder el tesoro inestimable de la gracia por el tiempo y de la salvacion para la eternidad; el que lleva ostensiblemente su tesoro en un viaje, ése quiere ser robado (1). ¡Ay, nuestro corazon es demasiado débil, nuestra voluntad demasiado inconstante, nuestra carne muy rebelde, nuestras fuerzas muy escasas, y el vaso en que guardamos el tesoro de los bienes espirituales sumamente frágil! No hay otro recurso que tomar el sendero estrecho y solitario, que ocultarse detras de la puerta angosta y desolada que conduce al cielo; es decir, la fuga del mundo y de las ocasiones, la amistad concentrada en un pequeño número, frecuentar las iglesias y los sacramentos, la conversacion de los santos, el retiro, el silencio y la oracion: no, no hay otro medio de ocultar ese tesoro con una precaucion igual á la alegría que nos causa su descubrimiento.

En fin, añade ademas el Señor, el que sabe que un tesoro se halla enterrado en un campo no vacila un solo instante, sino que se apresura á vender todo cuanto tiene y posee, para comprar aquel campo, y con él el tesoro que encierra.

Hé aquí, dice San Gregorio, la condicion necesaria y única para adquirir el tesoro celestial de la gracia y de la gloria de Dios; es necesario abandonar y hollar los deleites carnales, las dignidades y las ambiciones de la tierra, apasionándose vivamente por las cosas del cielo y por la disciplina que conduce á él (2). Observad que Jesucristo ha dicho que el que ambiciona el tesoro lo vende todo, *universa*, sin exceptuar nada. ¡Oh, cuán grande es la palabra todo, *universa*, empleada aquí por el Señor!... Por ella quiso darnos á entender que es preciso abdicarlo todo, renunciar á todo y sacrificarlo todo, todos los bienes del hombre. Ningun interes mundano, ninguna afeccion terrestre, ningun respeto, ninguna consideracion humana, ningun vicio, ninguna

(1) Deprædari desiderat qui thesaurum publice portat in via. (S. Greg.)

(2) Quando profecto agrum venditis omnibus comparat qui, voluptatibus carnis renuntians, cuncta sua terrena desideria disciplina studii cœlestis calcat. (S. Greg.)

pasion se halla excluida de la renuncia de la abdicacion del sacrificio, para entrar en el campo de la Iglesia católica, si se trata de los que todavía están fuera de ella, y para gozar del rico tesoro de la gracia divina que se encuentra en ella, si se trata de nosotros que tenemos la felicidad de pertenecer al redil.

Nos parece que por ese medio el Señor ha querido decir: Para adquirir un tesoro terrestre, los hombres no omiten nada, todo lo arrostran, todo lo sacrifican: *Vendit universa*. ¡Considerad, en efecto, qué trabajos emprenden, cuántos afanes, cuántos sudores sufren, cuántas afrentas, humillaciones y desaires devoran; cómo velan durante la noche, cómo despliegan una continua actividad durante el día, cómo estudian, cómo especulan, cómo se extenuan de fatiga, cómo lo sacrifican todo sin perdonar nada! *Universa quæ habet*. Pues bien, si haceis tanto por venir á parar en arrastraros por el fango de los bienes terrestres, ¿por qué no haceis nada absolutamente para adornaros y embelleceros con el oro purísimo de los bienes espirituales? Si haceis tanto por la adquisicion de las riquezas terrestres, que perecen ántes que vosotros ó por lo ménos con vosotros, ¿por qué no quereis hacer nada por las riquezas del cielo, que una vez poseidas no perecen jamas? Si haceis tanto por perderos, ¿por qué sois tan negligentes, tan perezosos, tan delicados, tan pusilánimes y tan difíciles, cuando se trata de hacer el menor esfuerzo para salvaros?

Por eso el Señor, con un tono severo á la par que lleno de conmiseracion, nos ha dicho: «¡No seais bastante estúpidos ni insensatos para buscar los tesoros terrestres, que no pueden sin disminucion servir para nuestro uso, y que se destruyen con el tiempo, ó por lo ménos un poco más tarde nos serán arrancados de las manos por el grande despojador, la muerte (1), sino aplicaos á acumular méritos para el cielo, á proporcionarnos la gracia y á asegurarnos la posesion de Dios, verdadero tesoro inagotable, incorruptible y eterno! ¡Ateorad para los cielos!»

Esa es, pues, la misma doctrina que el Señor quiso inculcarnos otra vez, por estas graves y sentenciosas palabras: ¿De qué le sirve al hombre acaparar todas las riquezas, todos los honores, todas las delicias del mundo, si en seguida pierde su alma y con-

(1) Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi ærugo et tinea demolitur et ubi fures effodiunt et furantur. (*Math.*, vi.)

suma su ruina para siempre? (1). ¡Ay, de todo el bien que haya adquirido en este mundo, no le quedará ni aún un óbolo para redimirse y libertarse del otro! (2). ¿De qué le sirvió á Salomon el haber sido tan feliz, á Nabucodonosor el haber sido tan temido, á Asuero el haber sido tan rico, y á Alejandro el haber sido tan grande conquistador? ¿De qué sirve á tantos eclesiásticos el llegar á las primeras dignidades de la Iglesia, y á tantos ciudadanos el elevarse á los primeros puestos del Estado? *Quid prodest?* El tiempo, con su gusano roedor; los goces, que devoran y consumen; la muerte, ese ladron codicioso, han puesto mano á su obra de destruccion; todo lo han arrebatado, delicias y grandezas terrestres; y para los que sean condenados, el recuerdo de sus grandezas y de sus buenos y brillantes días en este mundo, ¿podrá ofrecerles alguna miserable indemnizacion y algun alivio pasajero en los tormentos del infierno? ¿Podrá hacer reformar el juicio que los ha condenado por toda una eternidad? ¿Qué rescate podrá ofrecer el hombre en cambio de su alma? (3). Ó bien, ¿de qué nos servirá que todo en esta vida nos salga á medida de nuestro deseo y capricho? Que lleguemos á este puesto, que tengamos una herencia, que poseamos un título que por espacio de muchos años ha sido el objeto de nuestra ambicion y de nuestras aspiraciones; ¿de qué nos sirve todo eso si tenemos la desgracia de perdernos? *Quid prodest?* Nuestros títulos, nuestras dignidades, nuestras riquezas, nuestro orgullo, nuestro lujo, que nos atraen más envidias que homenajes, más desprecio que amor por parte de los pueblos, todas esas ventajas de fortuna y de condicion que gozamos ahora, ó que podemos gozar algun día en este mundo, ¿nos servirán para sustraernos al espantoso desastre que nos aguarda en el mundo venidero? ¿Habrá en ello un motivo de indulgencia, ó una garantia de seguridad, ó una prenda de redencion, ó un medio de salvacion para la otra vida? *Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua?*

¡Ay!.... Todo pasa, todo huye, todo se desvanece, todo se pierde acá abajo. Toda vida vuela, toda juventud camina á la de-

(1) Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat. (*Math.*, xvi.)

(2) Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua. (*Ibid.*)

(3) Quam dabit homo computationem pro anima sua? (*Ibid.*)

crepitud, todo honor se eclipsa, toda grandeza decae. Semejantes, dice Orígenes, á las cortesanas que prodigan á todos un amor simulado sin ser fieles á ninguno, los bienes de la tierra, pasando de uno á otro, no hacen á nadie dichoso ni verdaderamente rico (1).

La adquisicion de todos los bienes de la tierra no sería bastante á compensar la pérdida de los bienes del cielo: por el contrario, la adquisicion de la gracia, la posesion de Dios en el tiempo por medio de la gracia y en la eternidad por la gloria, compensarán todas las pérdidas, todas las privaciones, todas las injusticias, todas las penalidades que hayamos sufrido en el mundo; porque servir á Dios y salvarse es un tesoro rico, es cierto; pero además, el tesoro únicamente real, el que solamente es rico, precioso, importante y que equivale á todo. *Simile est regnum caelorum thesauro abscondito.*

Guardémonos, pues, si somos sabios y prudentes, de prostituir nuestro talento, nuestras afecciones, nuestras fuerzas, nuestra vida, para acumular sobre esta tierra bienes tan inciertos, tan engañadores, tan vanos y tan fugitivos: *Nolite thesaurizare vobis thesauros super terram.* Sino apliquémonos en el servicio de Dios, á enriquecernos de gracias y de méritos, y á asegurarnos la posesion del cielo; éstos son los únicos bienes verdaderos y permanentes; ningun trascurso de tiempo los consume, ningun accidente los altera, ningun ladrón los roba. *Thesaurizate vobis thesauros in caelo, ubi neque aerugo, neque tinea demolitur et ubi fures non effodiunt nec furantur.*

SEGUNDO PUNTO. El grande San Agustín, al explicar también la hermosa alegoría del tesoro escondido, nos dice que el campo en donde se puede encontrar el tesoro celestial, no es otro que la verdadera Iglesia; y eso, añade, porque sólo en la Iglesia podemos hallar en toda su pureza los dogmas revelados por Dios, las leyes que nos ha impuesto y el culto que exige. Todo eso lo posee la Iglesia en los dos Testamentos, y no hay otro medio de agradar á Dios y de llegar á la salvación eterna (2). En ese campo se hallan los hombres experimentados que saben exactamente el

(1) *Divitiae ab alio in alium transeunt, meretricio opere, amorem fingentes et nemini fidem servant.* (Orígenes.)

(2) *Thesaurus in agro absconditus duo testamenta in Ecclesia.* (S. Aug.)

sitio en donde ese tesoro se encuentra depositado, y que pueden, no sólo señalarle, sino indicar también los medios y los auxilios necesarios para desenterrarle, recogerle y apropiarse cada uno personalmente aquello de que tenga necesidad. Ó en otros términos: sólo en la verdadera Iglesia se encuentre el verdadero sucesor de San Pedro, los verdaderos sucesores de los Apóstoles, los verdaderos sacerdotes que anuncian la verdadera doctrina, que preparan los verdaderos auxilios de la gracia, y que pueden guiar á las almas por los estrechos senderos del cielo. Fuera del campo elegido por Dios; fuera de esa tierra privilegiada de Jacob, que el Señor ha bendecido, que el rocío celeste humedece asiduamente, que protege el muro de la existencia divina, que cultiva por su gracia y fecundiza por su palabra Dios Padre, verdadero agricultor; fuera de ese campo elegido y bendito, los campos de la infidelidad, del cisma y de la herejía no nos ofrecen más que dogmas discordantes, contradictorios, inconstantes, variables, como las opiniones de los hombres que los han forjado; la moral no tiene en ellos consistencia ni fuerza, carece de sanción, porque se halla extendida ó restringida diversamente en sus obligaciones más esenciales, según la voluntad, el capricho y las pasiones del hombre; el culto es allí absolutamente arbitrario, vano ó ineficaz, porque se halla privado del sacrificio, que es el alma de la liturgia; el ministerio eclesiástico es allí estéril, y la predicación sin fruto. Aún cuando en el dogma, en la moral y en el culto de los herejes pueda haber ciertas cosas fundadas sobre la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios, sin embargo, como esa palabra de Dios está allí arbitrariamente interpretada por el hombre, y que al pasar así por la inteligencia y por la boca del hombre, llega á ser cosa puramente humana, no resulta tampoco más que una religión enteramente humana, política y terrestre. No es, por otra parte, con la religión del hombre con la que se puede servir á Dios, agradar á Dios y unirse á Dios por la gracia y poseerle en la gloria. ¡Ay!..... Penoso es de pensar, y todavía mucho más de decir; pero no obstante, es una verdad tan real como triste, que en el campo de la herejía no se encuentra Jesucristo, sino el Ante-Cristo; no se encuentra Dios, sino el demonio; no tesoros ni oro, sino fango; y si por acaso se encuentra algun oro, no es el oro puro del Cristianismo verdadero, del Cristianismo primitivo, sino un oro alterado por la aleación

ó mezcla de las escorias de la tierra ; no es más que la apariencia de oro, un oro engañoso y falso que se convierte en cieno impuro. No, no encontraréis allí el tesoro celestial, porque fuera de la única Iglesia de Jesucristo no hay ni verdadera religion ni salvacion eterna.

Felicitémonos, pues, los que tenemos la ventaja de pertenecer á la Iglesia católica, á esta Iglesia en la cual se encuentra la verdadera religion, el camino que conduce seguramente á la salvacion, el verdadero tesoro de Dios..... Felicitémonos de poseer en ella todo cuanto nos es necesario; la verdad que nos ilumina, la gracia que nos santifica, el alimento que nos sustenta, la filiacion divina que nos ennoblece, la fuerza que nos sostiene, los méritos de Jesucristo, que son nuestro adorno, la madre que nos da el sér y nos alimenta con su leche, el mediador que nos reconcilia, el redentor que da por nosotros el rescate, el padre que nos lega su herencia, y el remunerador que nos prepara la corona. Sí, somos ricos de toda especie de riquezas espirituales : *In omnibus divites facti estis* (1). Hemos encontrado el verdadero, el único tesoro del cielo, que, oculto en el campo de la Iglesia católica, no se encuentra en ninguna parte más que en ella.

Mas para participar de todos esos bienes, no basta el pertenecer á la Iglesia por el cuerpo, es necesario pertenecerla tambien con el espíritu ; no basta llevar el nombre de católico, sino que es preciso merecerle con las obras. Así, como muchas almas sencillas y sin instruccion, en los países en donde reina ya sea la herejía, ya el cisma, están excusadas por su ignorancia insuperable, sólo se hallan separadas exteriormente del cuerpo de la verdadera Iglesia, y no dejan de pertenecer á su espíritu, del mismo modo tambien muchos católicos que tienen la fe de la Iglesia, pero no sus obras, permanecen extraños á la Iglesia, aunque pertenezcan á su cuerpo. Por manera que del mismo modo que aquellos que están en la apariencia fuera, se hallan en realidad dentro, así tambien los que se hallan en la apariencia dentro, están en realidad fuera del campo de la verdadera Iglesia, del campo que encierra el celestial tesoro. ¡Ay! Cerca de la fuente de la verdadera riqueza permanecen pobres ; próximos al

(1) 1, Cor., IV.

verdadero tesoro, no participan de él de ningun modo, y no sacan de él ni goces ni provecho.

Hagamos, pues, de manera que no sólo conservemos intacto el depósito de la verdadera fe, por la cual pertenecemos al cuerpo de la Iglesia, sino que tambien practiquemos las obras, sacrificando las pasiones, condicion única é indispensable para pertenecer al espíritu de la Iglesia, y para adquirir y poseer ese tesoro de riqueza y de felicidad ; ricos entónces sobre la tierra, tendremos en los cielos el tesoro verdaderamente imperecedero : *Et habebitis thesaurum in caelo* (San Mateo, XIX). Así sea.